

# NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

AÑO I

NÚM. 1

## TRUEQUES DE SIBILANTES EN ANTIGUO ESPAÑOL

Ya son conocidos por parejas sueltas: *s-ç*, *s-x*, *s-z*, *s-g*, *c-ch*; pero juntados todos y contrapuestos, denuncian ciertas relaciones comunes. Una explicación última y satisfactoria no podemos esperar, y menos en esta clase de cambios esporádicos, pero sí ordenar los hechos y fijar sus condiciones y, con eso, desbrozar el tema de ciertos vicios y de falsos problemas.

*s-ç*: *çeçe* por *cessé* en *Calila e Dimna*, cap. III; *sarço* y *çarço* (*sarcitum*) en la *Crónica General*; *enciengo* alternaba con *enciengo* en la Edad Media; *cenzeño* si remonta a *sencillo*; *cenzilla* en *Mingo Revulgo*; *sencido-cencido* (sobre *sinceru*); el antiguo *sinzel*, conservado en el siglo XVII, se dijo *cincel* en el XVI (lo trae Covarrubias, *Tesoro*, 1611); *Carseas*, *Carsia*, es *García* desde el siglo XI; Nebrija, 1493, Pedro de Alcalá, 1505, y Cristóbal de las Casas, 1570, traen exclusivamente *suzio* y *surzir* que en ese siglo empezaron a alternar luego con *çuzio* y *çurzir*, triunfando la *ç* en *çurzir* y no en *çuzio*; “sedas aguijosas” dice Berceo, “sedas levantadas . . . cuemo verracos” el *Alexandre*, Nebrija *seda* de puerco, forma que alternaba desde antiguo con *cerda* (ejemplos en el *Diccionario Histórico*); y todavía Mateo Alemán, *Ortografía*, 1609, trae *ceda*<sup>1</sup>; *sedaço* hasta el siglo XV, luego *cedaço*; *quiçab* (*qui sapit*) ya en el Cid; *acechar* alterna con *assechar* (\**assectare*) desde muy antiguo (*Dicc. Hist.*); *çampoña*, *çapoña*, *çanpolla* (*symphonia*); *reçuçitar* aparece algunas veces; *çapo*; *çoclo* y *choclo* (*socculu*); *çueco* (*soecus*) es ya la forma medieval; *San Çalvador* y *çervicio* escribe el *Cantar de mio Cid*; *cimengera* (\**sementiaría*) en el *Libro de la Caza* (ésta y *enciengo* son formas también mozárabes); *cerrar* (*serare*?), *cerrija* (*serralia*), *Cerdeña* (*Sardinia*); *cecina* (*siccina*), *cecial* también sobre *siccus*; *macizo* sobre *massa*; *centinela* es italianismo del siglo XVI (*sentinella*); *Mesina* alternaba entonces con *Mecina*. Además, los casos de *sub- > ça-*: *çahondar*,

<sup>1</sup> La base de *seda* es *sæta*; para *cerda* se supone *sætula* (*Dicc. Hist.*, CUERVO, *Obras*, 378), mediante \**sédola*, \**sedla*, \**selda*, como *cabildo*, *molde*, *tilde*, etc., y luego *cerda* como *pardo* de *pallidus*. No imposible, pero poco probable. Para *zurcir* la base es *surgere*; todavía Covarrubias, 1610, trae *surzir* y *çurzir*.

*çampuzar* y *champuzar*, *çaborda*, *çahumar*, *çabullir*, etc.; *çoçobrar*, *çoçobra* (subsuprare) alternaba todavía con *soçobra*<sup>2</sup> en el Cancionero de Castillo, 1511. Por último ante consonante: *bisma-bizma*, *lesna-lezna*, *mezquino-mesquino*, *brozno-brozno*, *biscocho-bizcocho*, *respe-rezpe*, *chosne-chozne*, Velasco-Velázquez, *cascorvo-cazcorvo*, *mescolanza-mezcolanza*. Ver Cuervo, *Obras inéditas*, 374-382; Ford, *Old Spanish Sibilants*, 68-72, y Menéndez Pidal, *Manual*, §§37 y 72, y para más ejemplos antiguos y también modernos en las hablas rurales de Castilla y Aragón, V. García de Diego, *Dialectalismos*, RFE, III, 307-308: *mueso* y *muezo* (morsu), *saticar* 'despedazar' en Burgos frente a *zatico*; arag. *zapo*, *samucón* y *zamacuco*, burg. *cinzaya*, frente al vasco *seinzaya*<sup>3</sup>. Todos los autores acuden a explicaciones individuales (asimilaciones, disimilaciones, metátesis, cruces léxicos)<sup>4</sup> y aunque algunas sean rechazables en particular y casi todas insuficientes, la clase de explicación es correcta.

s-x: Formas dobles como *silguero-xilguero*, *cessar-cexar*, *simio-ximio*, *xistra-sistra*, *sarcia-xarcia*, *sierra-xierra*, *serga-xerga*, *sastre-xastre*, *samugas-xamugas* (celt. *sambuca*), *Suárez-Xuárez*, *Messias-Mexias*, *Quessada-quixada*, *vessiga-vexiga*, *seringa-xeringa*, *serba-xerba*, *salma-xalma*, *enxalma*, *sobeo-xubeo*, *servilla-xervilla*, *Carcassona-Carcaxona* (ésta en el Conde Lucanor, I, 40), *fixicos*, *físicos* (Berceo), *serpa*, mod. *jerpa*, *cascar-caxcar*, *cáscara-cáxcara*, *cascabel-caxcabel*, *tasbique-taxbique* y luego *pexiguera* (persicaria), *vaxel*, *xugo*,

<sup>2</sup> Cuervo cree que *soçobra* es la forma más vieja, con su *ç* < bs, es decir, tratando el grupo bs como ds. No es convincente.

<sup>3</sup> Descuento *acelga*, *azúcar*, *zafiro*, *cendal*, *zapato* (Cuervo, Ford) porque tienen sin duda c regular, procedente del sin árabe. Ver mi artículo *Las correspondencias hispano-arábigas en los sistemas de sibilantes*, en RFE, 1946, VII, especialmente págs. 60-63.

<sup>4</sup> Cuervo: *zampoña* es anormal: cfr. ital. *zampogna* o *sampogna*, fr. ant. *chifonie*, rum. *cimpoaz* (griego mod. *τζαμπούνα*); *Cerdeña* por *Cerdaña*; *cerrija*, acaso de *cerrar*, *cerro*; *queco* por *zoquete* (arag. *zoque*); *çarço*, *cenceño* y *cedazo*, por asimilación. Ford, sub > ça por alguna influencia externa; *San Çalvador* por disimilación s-s o por desarrollo de una t en el grupo ns (nts, como antiguo francés y provenzal); *cerrar* quizá de *encerrar*, cuya c se explicaría por la n anterior y puede ser por influencia de *cercar*; *cervicio* por asimilación o de *encervicio* (ns); *cemencera* por asimilación; *encienço* por el mismo tratamiento de ns. Menéndez Pidal: *cecina*, *cedazo*, *cervino*, Velázquez, por asimilación, y que alguno, como *asechanza*, puede ser de procedencia andaluza (pero es forma anterior al ceceo andaluz; como para *mescolanza*, frente a *acechar* y *mezclar*, creo en una disimilación con la z del sufijo); la alternancia (no de origen andaluz) que se ve en *sancocho-zancocho*, *bisnieto-biznieto* se observa sobre todo en el grupo sk, "influido por la constante alternancia en los verbos incoativos entre sk etimológico y zk analógico; ant. *mesquino* y mod. *mezquino* y *cazcorvo* y *cazcorvo*, *biscocho* y *bizcocho*, *mescolanza* y *mezcolanza*, ant. Velázquez, mod. Velázquez; en estos últimos casos actúa también la asimilación, pues el simple Velasco conserva su s siempre" (§72). García de Diego, aunque cree sostenible para algunos casos la influencia dialectal, en general se atiene a "la tesis de Ford de la evolución condicional" (pág. 307): asimilación en *cedazo* (*serazo*, en Lerma y Frechilla, de *sericu* con influencia de *cedazo*), *cecial*, *cecina*, *zurcir*, *zapuzar*, *zampuzar*, *Zuiza*, *zuzio*, *cervicio*, *Cecilia* (o *Cicilia*, 'Sicilia'), *çenzillo*, *començera*, *reçuçitar*; disimilación en *diçension*, *socegar*, *San Salvador*; disimilación y asimilación posterior en *sonso*, *zonzo*, *sus*, *azucar*, *zozobrar*; metátesis en *reçusitar*, *nesecitar*; etc.

*xenabe*, *enxerir* (*inserere*), *enxullo*, *baxar*, *Nebrixa*, *perexil*, *páxaro*, *xabón*, *xeme*, *xibia*, *Xúcar*, *Xátiba*, *Xalón*, *Xenil* (*Singilum*), *Xarama*, etc.

Estos trueques tuvieron un auge desde fines del siglo XIV hasta entrado el XVII, cuando se detuvo la tendencia porque la *x* perdió su antiguo valor palatal de *š* y se hizo *j* velar moderna; pero se cumplieron en palabras sueltas. Sólo en el caso de *sk* se ve alguna agrupación, aunque en notoria minoría: de *La Celestina* apunto *coxquillosa*, *coxquillas*, *caxco*, *caxquillo*, *caxquete*, *excamochos*, *moxqueta*, *coxquear* (y también *moxtrenco*), pero *pesquisa*, *escocer*, *rascuñar*, *descanso*, etc. etc.; del *Guzmán de Alfarache*, 1599, *moxcas*, *máxcara*, *caxco*, *caxcabel*, pero *Pascuas*, *descubrir*, *escapar*, *refrescar*, *buscar*, etc. etc. Así, pues, aunque especialmente frecuentes, también en *sk* tenemos trueques entre fonemas mantenidos en el sistema (*rascuñar* junto a *moxca*), no evolución en el modo de articular uno de los fonemas condicionado por la *k* siguiente. Ya en el ms. de Salamanca del Arcipreste de Hita (hacia 1400), leemos *caxco* y *coxquear* (86 y 380), pero *cascabeles*, *mesquimo*, y desde luego *escolar*, *escarnio*, *buscar*, *escuro*, *escuchar*, etc. etc. En los otros mss. (Toledo y Gayoso), un poco anteriores, sólo *coxquear* (380) alternando con *cosqueada* (466), que S escribe *coxeada*, y este *coxquear* evidentemente no entra en la cuenta, porque debe su *x* a la de su antecedente *coxear*, *coxo*. En los siglos XII-IV son muy escasos los trueques *s-x* documentados. Ford, *Old Spanish Sibilants*, págs. 123-125, fuera de palabras pasadas por el árabe como *xarope*, *Xátiba*, *Xúcar*, en que la *x* procede normalmente del *šin*, y algunas confusiones de los prefijos (*ex-*, *ins-*) como en *enxerir*, *enxugar*, *enxuto*, sólo trae *xierra*, *ximio* y *xufre* (port. *enxufre*). No nos gana la sugestión de que *xierra* sea forma arabizada a través de los muchos topónimos *Sierra de . . .*; *xufre*, con toda seguridad, no lo es, porque la forma arabizada correspondiente es *açufre*. Victor R. B. Oelschläger, *A medieval Spanish Word-List*, trae sólo *xugo* y *xidra* (Berceo), el uno perdurado, el otro no. Antiguo debió ser también *xeme*, aunque no tengo ningún apunte. No hallo casos en el *Vocabulario medieval* de Cejador (no trae ninguna de las palabras correspondientes). Menéndez Pidal, *Cantar de Mio Cid*, II, §32, tampoco recoge casos. En el siglo XV empiezan a ser más frecuentes. Del *Libro de buen amor*, el ms. Gayoso está fechado en 1389; el de Toledo es también de fines del siglo XIV; el de Salamanca algo posterior (Ducamin, págs. xv, xx, xlv). El manuscrito S, único del siglo XV, usa *x* por *s* en algunas palabras donde los otros mantienen la *s* etimológica: *xibias*, *paxarero*, *caxco*, *xergas* (laguna en GT). Todos traen *Don Ximio*, *Mexia(s)*, *moxmordos*, *enxerir*, *enxeridores*, y hasta una vez se invierten los papeles: *sáquima* en S, *xáquima* en GT (copla 377). Sin embargo, como la distancia temporal es tan corta, no doy este contraste como probatorio de que la mayor abundancia de trueques *s-x* empezara justamente hacia 1400, aunque bien pueden en pocos años ser admitidos en la lengua escrita formas que antes eran sólo vulgares o familiares; sólo lo aduzco porque concuerda con la comprobación general de que estos trueques son más abundantes en los siglos XV y XVI. En el contraste entre S y GT parece haber pesado más la procedencia regional.

En efecto, algunas veces el teatro presentaba este trueque como rasgo

característico de rústicos y pastores, uno más en el dialecto convencional llamado sayagués, leonés de base. Torres Naharro, con alguna frecuencia: en la *Comedia Calamita*, *xúbome*, *xos*, en el *Diálogo del Nacimiento*, adición del Diálogo, 1, *lo qu'ex habrado* ('hablado'; pág. 283 de la edic. de Gillet), en la *Comedia Trophea*, *descaxcados*, *caxcos*, *descaxca*, *Caxcoluzio* (nombre de un pastor), *maxmordón*, *xastre*. En la *Comedia Florisea*, 1551, de Francisco de Avendaño (RHi, xxvii, 1912, 398-422), cambia muchas eses en x, especialmente en final: *escapax*, *sex* 'sois', *mentix*, *dezixlo*, *jurax*, *sox* 'sois', *vax*, *llevax*, *recoxgámonos*, *nostáx* 'no estás', *estáx*, *xetas assadas*. (Se ve el procedimiento arbitrario de representación: en cada palabra basta con un trueque.)

Pues bien, el ms. S del Arcipreste, el que tiende a x por s, es también leonés, con leonesismos tan seguros como *selmana* y *fraca*. Si la tendencia era leonesa, debía ser reciente, pues E. Staaff, *L'ancien dialect léonais* no la recoge. Pero lo era, sin duda, pues los dialectólogos nos enseñan que en las hablas occidentales de la Península estos trueques son hoy especialmente frecuentes (sin contar, por de evolución fonética regular, el cambio *s* > *š* condicionado por *i*, *u* siguientes): Krüger, *Westsp. Mund.*, §§215-217, y S. Ciprián, §45; Aurelio M. Espinosa (h.), *Arcaísmos dialectales*, págs. 218-225 (ambos con bibliografía para el mirandés, el gallego, el portugués del Norte y también para el judeoespañol). Esto indica que la caracterización literaria del sayagués como habla de x por s no era del todo arbitraria. Y con la mayor práctica y arraigo de este uso en el Occidente, hay que relacionar también la diferente noticia que ya al final de nuestro período nos dan Correas y Covarrubias. El occidental Correas, 1626, da los casos de pronunciaciones alternadas x-s como mero ejemplo de su fácil permutación: "Tiene esta *xe* fácil permutación con la *ese*, porque se dize *Xuarez-Suarez*, *Ximón-Simón*, *ximio-simio*, *oxta-osta*, *caxco-casco*, *maxmordón-masmordón*, *coxqear* por *coxeear*, *coxcorrón-coscorrón*" (*Arte grande de la lengua castellana*, pág. 33. Entre las formas de x en uso trae en la pág. 32 *xalma*, *xerga*, *xeme*, *ximio*, *xugo*). En cambio a Covarrubias, 1611, del reino de Toledo, le sonaban a rústicas las formas con x que alternaban con otras de s: "Los aldeanos dicen *máxcara*, pronunciando como árabes la *xin*, y guardan más la antigüedad" (s.v. *carátula*); "la g mudamos en l y dezimos *salma*; pero el morisco trueca la s en x y dize *xalma*" (s.v. *xalma*); "comúnmente el vulgo la llama *gimia*" (s.v. *simia*); escribe también *ximia*; *siringa* "comúnmente dicho *giringa*" (escribe también *xeringa*)<sup>5</sup>. Pues bien, este mismo contraste entre Toledo y León, lo comprobamos también entre Toledo y Andalucía (por lo menos la Alta). El cordobés Bernardo de Aldrete, 1606, se comportaba ante los casos de x por s sin desestima alguna, como el occidental Correas, y no como el toledano Covarrubias. (Ver nuestra nota 12). En esas regiones, las formas con x por s habían alcanzado, pues, completo arraigo y aceptación social; en el reino de Toledo, el que marcaba para toda España el ideal del buen hablar, había por ellas resistencia y cierta desestima-

<sup>5</sup> Covarrubias trae como otras formas dobles *sarcia-xarcia*, *servilla-xervilla*, *sirgero-girgero*, *sugo-xugo*; solamente con s *samugas*, *sastre*, *sulco*, *sulconete*, *mosca*, *cascabel*, etc. y solamente con x *xabón*, *xarabe*, *xarope*, *xeme*, *xerga*, *xibia*.

ción, las tenían por rústicas o regionales. También Juan de Valdés, casi un siglo antes (c. 1534), refleja este sentimiento toledano, es decir, castellano puro: no es verdad que él pronuncie *x* por *s* en los casos que Marcio le dice, sólo en los que vienen del árabe, como corresponde, "y digo *sastre* y no *xastre*, *ensalmar* y no *enxalmar*, y *siringa* y no *xiringa*". Y aún es más terminante luego, y más patente la posición idiomática de Toledo y de la Corte frente a las regiones, cuando le repiten la pregunta sobre las pronunciaciones paralelas *vigitar*, *quije*, por *visitar*, *quise*: "Yo por muy mejor tengo la *s*, y creo que la *g* no la avéis oído usar a muchas personas discretas, nacidas y criadas en el reino de Toledo o en la corte, si ya no fuese por descuido" (ver nuestra nota 13).

Nebrija, que tenía ideas fonéticas muy precarias aun para su tiempo, atribuyó a los moros todo sonido español no latino; así pues, no sólo los cambios *s-x* y las alternancias (*sastre-xastre*) sino el fonema *x=š*. En el siglo XVI siguieron muchos su opinión. La vieja explicación de influencia morisca la han sustentado modernamente Baist, *Gr.Gr.*, I<sup>2</sup>, 898, Cuervo, *Disquisiciones*, págs. 62-63, Ford, *Old Span. Sibilants*, 124-125, Gonçalves Vianna, *RLu*, II, 334, Menéndez Pidal, *Poema de Yuçuf*, RBAM, 1902, VI, 116-119; por influencia morisca y por evolución propia, Menéndez Pidal, *Manual*, §§37 y 72, García de Diego, *Gram. hist.*, pág. 38, nota 6; dando más cabida a la evolución propia, García de Diego, *Dialectalismo*, RFE, III, 305, y Américo Castro, RFE, I, 102; por vestigio de fonética ibérica (en el Norte), Saroïhandy, RFE, IV, 26, n. 1; por evolución condicionada por las vocales *i*, *u*, Krüger, *Westsp. Mundarten*, 165-68, RDR, 1914, VI, 231, LGRPh, 1918, pág. 125, y ASNSL, 1920, págs. 159-63, y Aurelio M. Espinosa (hijo), *Arcaísmos dial.*, 225-42, admitiendo éste la influencia morisca sólo en algunos nombres geográficos. La influencia morisca en general es ya inadmisibile; cierto que los árabes y luego los moriscos españoles reproducían con su *šin* la *s* castellana, pero algunos de estos trueques castellanos son de regiones que no tuvieron moriscos, y, sobre todo, *Xabón* y *Xenabe*, dos de los casos que se citan como ejemplos, resulta que los moriscos los pronunciaban con *sin* (la *s* árabe ápicodental, que en los arabismos del español se reproducía con la ápicodental africada *ç*): Pedro de Alcalá, *Vocabulista árábigo en letra castellana*, 1505, s.v., registra: "*xabon*, *çabon*", "*xabonero*, *çabban*", "*xabonera*, *çabbana*", "*xabonera*, *yerva*, *çabonía*", "*xabonera*, *çabonera*", "*xenabe* o mostaza, *çimab*". Creo que los nombres geográficos *Jalón*, *Jarama*, *Játiba*, *Júcar*, *Jenil*, son de influencia morisca, y podríamos también aceptarla para algunos otros casos de sustantivo común, si se nos dan razones especiales; pero para el conjunto se tiene que rechazar definitivamente. La explicación de evolución condicionada por *i*, *u* (extendida por Krüger y Espinosa de los dialectos occidentales donde este cambio tiene trato especial) no es defendible para el español en vista de los *xastre*, *páxaro*, *xeringa*, *vaxel*, *xarcia*, *quixada*, *xabón*, *xeme*, *cexar*, *xerga*, *xamugas*, por un lado y por otro, *si*, *silla*, *su*, *sucio*, *asiento*, *sueño*, *casi*, *basura*, etc etc. Los que han hablado de evolución interna tienen nuestro asentimiento si con ello querían negar el influjo extraño: pero evolución fonética (ni condicionada ni generalizada) tampoco ha habido: no fué la articulación del fonema *š* de nuestro sistema de sibilantes la que se fué alte-

raudo hasta hacerse *š* (¿en unas palabras sí y en la generalidad no?), sino que, en el juego de sibilantes, la *s* se siguió articulando como *š* y la *x* como *š*; lo que pasó fué que se trocó el empleo de uno u otro fonema en ciertas palabras, no la estructura del fonema. A esto se le suele llamar "equivalencia acústica", entendiendo bien que la equivalencia acústica no es por sí misma una causa ni un proceso, sino sólo una situación fonética propicia para los trueques ocasionales que desencadenan las tendencias de disimilación, asimilación, cruce, etc.<sup>6</sup>: la "fácil permutación" de la *x* con la *s* de que habla Gonzalo Correas.

Como Castilla es la encrucijada de las regiones, bien puede ser que algunas de estas formas hayan entrado en el español general desde el Occidente, el Sur o el Norte vascongado. García de Diego, *RFE*, III, 307, sospecha influjo vasco en *jorguiña* y *jamugas*; los moriscos pudieron dar alguna, aparte los topónimos; la región leonesa tenía un posible foco de expansión en Salamanca, que recogía y dispersaba estudiantes de toda España. Pero ningún origen regional debemos asumir como explicación general, y ninguna forma debemos atribuir a un origen regional sin particulares apoyos históricos. El posible origen regional y la explicación de "cambio ocasional" que en cada forma necesitamos, conducen estos trueques a la historia léxica. Lo que de tendencia fonética tienen se revela en la comparación con los otros trueques que aquí estudiamos en conjunto: una dirección del trueque hacia la articulación más fuerte, es decir, una tendencia al refuerzo de articulación.

*s-ch*. García de Diego, *Contr.*, recoge *chuleta* (*suille*), *chorizo* (\**so-ricieu*), *chotar*, *choto* (*suctare*), alav. *chirpia* (*serpe*, *jerpa*), *chancero* (arag. *sancero*); *chueco-zueco* (*soccus*), *chicha* quizá de *insicia*; y en *Dialectalismos*, en *RFE*, III, 305-308, *sirria*, *cirria*, *jirria*, *sirlia*, *jirle*, *chirle* en distintas comarcas del norte castellano y vascongado, *chapodar* y *chapozar* (*subputare*, *subputiare*); *Sancho-chancho*. Añadir *socarrar-chocarrar*. Al final de este artículo consideramos estos cambios *s-ch* conjuntamente con los de *s-ç* y *s-x*.

*c-ch*. Son formas únicas y antiguas *chico*, *chícharo*, *marchitar*, *chicoria*, *chistera* (*cistella*), *borracho* (si viene de *burraceus*, *burra*), con *ch* por *ç*; además, las parejas *zampar-champar*, *torcina-torchina*, *hornacho-hornazo*, *rocha-roça*, *punchar-punçar*, *despañcurrar-despanchurrar*, *pañca-pancho*, *capaço-capacho*, *çamarra-chamarra*, *çanca-chanqueta* (mod. *chancleta*), *çanco-chanco*, *cisma-chisme* (hoy *cismoso* en Cespedosa), *çinçe-chinche* (*cimice*), *cecina-chacina*, *çapuzar-chapuzar* (*subputeare*), *açuçar-achuchar*, *çocolo-chocolo*. *Chindas* y *Cindus* llamaban las viejas crónicas españolas al rey Chindasvinto. El normal *ce* clásico (de llamada, de silencio, de advertencia) es por lo menos una vez *che* en *La Lozana Andaluza* de Francisco Delicado, 1534: "y si queréis ver si uno es verdadero español hazé que diga *chupale*, *che*,

<sup>6</sup> Ver el capítulo *Equivalencia acústica* en mis *Problemas de dialectología hispano-americana*, Buenos Aires, 1930.

vellaco"<sup>7</sup>. Menéndez Pidal, *Manual*, §37, 2c, cree que el cambio procede de alguna región dialectal en vista de las formas dobles; pero quizá no, pues las formas dobles abundan en todos los trueques entre sibilantes; de los mozárabes sospecha en §53, d<sup>8</sup>; pero el mozárabe no hizo nunca normalmente *ch*, sino *ç*, *z*, como el castellano, las continuaciones de *cj*, *tj*, *y*, además, el estancamiento del mozárabe en la etapa *ch* para las continuaciones de la *c'* latina, que hasta ahora suponíamos, ha resultado un espejismo, como he mostrado en *Las correspondencias árabe-españolas en los sistemas de sibilantes*, *RFH*, 1946, VIII, pág. 63 y sigs.

s.g. En los siglos xv y xvi, y algo antes, se practicaba esta alternancia de sonoras: *celosía-celogía*, *visitar-vigitar*, *resistir-registir*, *quise-quije*, *tisera-tijera*, *frisol-frijol*, *iglesia-eclegia-igleja-igreja* (ya en el *Cid*; cf. Grijalba, Grijota, *Eclesia alba*, *Eclesia alta*), *religión-reliión*, *colegio-colesio*, *religioso-rehisoso*, *mejor-mesor*, *sanguisuela-sanguijuela* (con *s* en Covarrubias, Lope, Góngora), *parajismo* (Sta. Teresa)-*parasismo*, *residente-regidente* (Suero de Rivera, *Canc. de Palacio*, núm. 10), *digestir-disistir* (Sta. Teresa). Santa Teresa no distinguía *s-ss*, *j-x*, pero incluimos aquí y no en *s-x* sus ejemplos, porque podían ser de uso más que local)<sup>9</sup>. En judeoespañol también es trueque practicado: *Kiže*, *vižitar* ('quise', 'visitar', Wagner, §35, Subak, *ZRPh*, xxv, 151. La comparación de los ms. del Arcipreste vuelve aquí a prestarnos servicio. El ms. S, de principios del Siglo xv, abunda más que los otros en formas con *g*, *j*: *ligion*, 460, *lisiön* en GT; *lyjongero* 419, *lis-* en GT; *ligonjero* 638 (laguna en GT); *lijonga*, 1437, *lysongia* en T; en otras coplas, 389, 392, 1478, todos *lysonjas*; en un solo caso trae el ms. Gayoso una forma con *g* por *s*, *quigeredes* (laguna de S), 680; en todo lo demás, los tres mss. traen siempre con *s* *quisieredes*, *quisier*, *quiso*, etc. Sobre *ligion* por *lesiön* se debe advertir que es caso único, para no acercarlo demasiado al desarrollo *sj* > *j* normal en portugués: siempre escriben los tres mss. *prisión*, *responsión*, *iglesia*, etc. También

<sup>7</sup> Al citar *ricacho*, port. *ricaço*, *capacho-capaçõ*, *hornacho-hornazo*, *punchar-punçar*, *roça-rocha*, de base latina *tj*, *cj*, comenta Menéndez Pidal: "esta *ch* parece conservar el estado africado originario, *ç*, que era normal en los dialectos mozárabes".

<sup>8</sup> Es el mismo *che* conservado hasta hoy en Valencia y en el Río de la Plata, y, con cierto uso, también en Andalucía, y quizá en Madrid, según recojo de los Quintero, *El Patio*, I: CARMEN.—Pues tú tienes la culpa, papá. DOÑA ROSA.—Si no le dieras alas . . . D. TOMÁS.—¡Che, che, che, che! Me opongo a toda discusión. Vergeles me ha quitado media hora de siesta y no estoy por perder más tiempo". En *Doña Clarines*, III: TATA.—El loco, el zascandil, y el botarate, y el borracho es usted! ¡Tío Carape! DON BASILIO.—¡Che, che, che: que tus canas tienen un límite". Y en *Pepita Reyes*, I: (Se ríen los tres. Morritos se abraza a Pepita llena de alegría, tira el soplillo por alto y rompe a bailar. Pepita canta.) PEPITA.—Me dijiste que era fea/ me pusiste una corona . . . / NICASIO.—Che, che, che; que vamos a perder la sesera. Formalidaz. Y no contradecirme". ¿O será este *che* no más que representación gráfica del desaprobatorio chasquido lingüo-palatal?

<sup>9</sup> CUERVO, *Obras*, 468 n., lo documenta en Valdés, Pero Tafur, Torres Naharro, Lucas Fernández, Juan de la Cuesta, *Cancionero* de Gómez Manrique, Montoro, del Castillo, etc., etc. Ver también *Apuntaciones* §759; *vegitar* está ya en el manuscrito Gayoso del *Libro de Buen Amor*, terminado en 1389 (copla 373, b).

aquí, como en *s-x*, la diferencia regional es más convincente que la mera cronológica: el cambio es muy frecuente en los dialectos occidentales, sobre todo en gallego y en portugués del norte (Krüger, *Westspan. Mund.*, §217; Espinosa, *Arcaísmos*, *loc. cit.*, con bibliografía. De notar es que el extraño *lijonja*, *lyjongero* del Arcipreste reaparece actualmente en el Norte de Portugal (Cornu, *Gr. Gr.* I, 989). Ya hemos visto a Valdés, 1534, desaprobar estas formas como no castellanas (ni de Toledo, ni de la Corte); a Marcio le sonaban a villanescas.

Menéndez Pidal, *Cid*, 183, y Cuervo, *Obras*, 468, n., ven aquí influjo de la *i*<sup>10</sup>, lo que es correcto como condición coadyuvante; el cambio es ocasional y aunque *tigeras* y *eclegia* ya están en el *Cid*, *vegitar* en 1389 y *registir* en el *Rimado de Palacio*, los más son de 1400 a 1600 y vacilantes; la lengua general los rectificó todos menos *tijeras*, *heregía*, *sanguiuuela* y los topónimos.

*s-z*. Muy escasas: *Tarazona* (*Turiasone*), *ceniza* (\**cinisia*), *cerve-sa-cerveza*, *gasapo-gazapo*. *Ceresa* aún en el *Alexandre*, y *cervesa* en Nebrija y hasta después de 1550. (Ver Cuervo, *Obras*, 385, n., que supone asimilación al sufijo *-eza*.) *Pezuña* es lo etimológico. Aquí entran, aunque con cierta reserva, casos como ant. *cizne*, mod. *cisne* (*cicinem*), y *cisme*, *chisme* (*cimicem*), con *z* sonora etimológica, y probablemente pronunciadas también con *s* sonora por estar ante consonante sonora; pero el sentimiento de la oposición sonora-sorda no funcionaba para final de sílaba (Cfr. mi artículo *Una ley fonológica del español*, en *HR*, 1945, XIII, págs. 91-101; por eso, podrían estar estos casos lo mismo que aquí en el trueque de sordas *ç-ss*).

En el siglo XVI, y aun un poco antes, cuando ya se ablandaba el estilo articulatorio español en vísperas de la gran revolución fonética (sobre todo en las sibilantes) que produjo el paso de la pronunciación medieval a la moderna, se registran en grafías y en rimas algunas vacilaciones entre *s* y *z*, entre *ss* y *ç*. Menéndez Pidal, *La leyenda de los Infantes de Lara*, 404, encuentra, por ejemplo, en un manuscrito de fines de siglo XV *fisiesen*, *quizo* (tres veces), *quezieron*, *prizión*, *pezar*, entre la general buena distinción. Como el escriba parece ser toledano, no me parecen tales formas atribuibles ni a seseo falsamente corregido ni a ceceo. Creo que estas confusiones *s-z* hacen círculo perfecto con las otras de *s-g*, todas sonoras, para explicar un estado de lengua en el cual la *s* sonora ápticoalveolar (*ž*) podía trocarse en palabras aisladas en la sonora palatal *j*, *g* (*ğ* o *ž*) o en la dental *z* (*ž*): *quiso* > *quijo* o *quizo* (más frecuente en *j* que en *z*). La misma *i* coadyuvante en el trueque esporádico *s-g* se ve en la mayoría de los de *s-z* (o, alguna vez, la otra vocal menos palatal, *e*), si bien en *s-z* la vocal anterior no es condición precisa como en *s-g*. Valdés, *Diál.* 89, nos informa que en Castilla algunos decían *haser*, *rason*, *resio*, y entre las rimas que

<sup>10</sup> Ambos recuerdan el portugués donde es normal *-si-* > *j* (*ž*): *cajão* < *occasionem*, *feijão* < *phaseolum*, y donde el lenguaje vulgar extiende el cambio a la *s* en contacto con *i*: *Jabel* (*Isabel*), *depogitar*, *vigitar*, *quige* (*quise*), *fige* (*fize*); las últimas formas en Gil Vicente. Ver LEITE DE VASCONCELLOS, *Estudios de Phil. Miranda*, I, 267; BAIST, *Gr. Gr.*, I, 703, y GARCÍA DE DIEGO, *Gramática histórica castellana*, §35.



Cuervo (*Disquisiciones*, en *Obras inéd.*, 461) recoge de los siglos xv y xvi<sup>11</sup> hay gozo-reposo, gozo-esposo-gracioso (*Canc. de Castillo*), pozo-reposo (*Canc. musical*, siglos xv y xvi) junto a hizo-quiso-riso (*Álvarez Gato*), vezes-franceses (*Canc. mus.*), matiza-pesquisa, hizo-deshizo-quiso, hizo-parayso-quiso (*Canc. de Castillo*), movediza-cortapisa (*Canc. de 1554*) y aveze-pese (*Boscán*).

Las grafías medievales -s por z- son abundantísimas (muy raras al revés): *asás*, *bos*, *dies*, *pres*; alternaban formas como *fis-fize*, *fislo-fizelo*, por ejemplo, en los mss. de *El Cavallero Zifar*, siglos xiv y xv. Pero no entran en este estudio porque no son trueques. O son modalidades meramente gráficas (ambas letras eran entonces mucho más parecidas que hoy) o expresión del ablandamiento articulatorio de la -z final; nunca representaron una verdadera igualación de la -z a la -s (seseo), porque los mss. eran de León y Castilla, que hasta el día de hoy nunca han igualado z y s en ninguna posición, y, por otro lado, son en varios siglos anteriores a la iniciación del seseo andaluz, que no ocurre hasta mediado el siglo xvi.

En su conjunto, estos trueques denuncian ciertas relaciones y oposiciones que apuntan al sistema. Aunque las permutaciones s-x y s (son.)-j tienen su común época de auge desde fines del siglo xiv hasta comienzos del xvii, entre las sordas (*xabón*, *chistera*, *çambullir*) empiezan siglos antes que entre las sonoras. Entre sordas, son muy abundantes y muchos se han afianzado en la lengua general; entre sonoras, escasos y casi todos luego abandonados. Entre sordas, hasta hay el paralelismo de que, en final de sílaba, la k siguiente es favorable tanto para el trueque zk (*bizcocho*, *vizconde*, *mezclar*, *cazcorvo*, etc.) como para el xk (*caxcar*, *moxca*, *buxcar*, *pexcar*; éste perdido en España y América desde que la x se hizo j moderna, pero conservado aún en judeoespañol).

Para el siglo xvi tenemos la fortuna de que Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, se haya ocupado de s-x, s-g y s-z, y en sus noticias se reflejan bien nuestras distinciones. La alternancia s-x era corriente en muchas palabras, si bien el gusto toledano no siempre aceptaba la x; Valdés elegía según su saber: la s en las palabras de origen latino, la x en las de origen árabe, y éste era el uso que recomendaba<sup>12</sup>; las alternancias s-g y s-z eran más raras

<sup>11</sup> Cuervo las da como avanzadas del seseo, documentado en firme sólo desde la segunda mitad del siglo xvi; como las rimas son del madrileño Álvarez Gato y de otros poetas castellanos, no es posible relacionarlas con el seseo; deben ser, casi todas, consonancias aproximadas, usuales en todos los poetas, o, cuando más, y en algunos casos, como el tan repetido de *quizo*, ejemplos del trueque ocasional z-s de que aquí nos ocupamos.

<sup>12</sup> "... y aun por la mesma causa [por arabismo] en muchas partes de Castilla convierten la s latina en x, y por *sastre* dizen *xastre*" (Edición Montesinos, *Clás. Cast.*, Madrid, 1928, pág. 40). "MARCIO.—Stá bien esso. Pero ¿por qué vos en algunos vocablos, adonde muchos ponen la s, ponéis x? VALDÉS.—¿Qué vocablos son esos? MARCIO.—Son muchos, pero dezíros he algunos: *cascar* o *caxcar*, *cáscara* o *cáxcara*, *cascavel* o *caxcavel*, *ensalmo* o *enxalmo*, *sastre* o *xastre*, *sarcia* o *xarcia*, *siringa* o *xiringa*, *tasbique* o *taxbique*. VALDÉS.—Abastan hartos los dichos, yo estoy al cabo de lo que queréis decir. Y si avéis mirado bien en ello, no escribo yo todos esos con x, como vos dezís, porque en los nombres dessa calidad, guardo siempre esta regla, que si veo que son tomados del latín, escrívolos con s, y digo *sastre* y no *xastre*, *ensalmar* y no *enxal-*

y no aprobadas por Valdés: pronunciaciones como *vigitar* y *quije* le sonaban a provincianas (y a Marcio a villanescas)<sup>13</sup>, y las de *rasón*, *resio* y *haser* no eran más que “vicio particular de las lenguas de los tales, que no les sirven para aquella asperilla pronunciación de la *z* y ponen en su lugar la *s*” (pág. 89).

Lo común a todos los grupos es que el trueque se cumple casi siempre. Sólo en el grupo de sonoras *s-j* las formas parecen alternar sin rumbo; pero aun ahí se advierte que las de dirección contraria (*relisión*, *relisioso*, *colesio*, *mesor*) son las menos y tardías, y que ninguna ha sobrevivido. En su mayor parte estos trueques recaen en la *s* sorda = *ś* (fricativa ápticoalveolar, de timbre grave), que refuerza en amplitud su articulación palatal fricativa, y con ello la gravedad de su timbre, pero no como evolución o modificación de sí misma, sino abandonando su identidad y saltando a la articulación coexistente de la *x* = *š* (*xabón*); o la refuerza a la vez en amplitud y en presión de contacto, adoptando la fisonomía de otro fonema coexistente, la *ch*; o, por el otro lado, refuerza la articulación apical hasta el contacto pleno de la dental *ç* (= *ts*) con su mecánica de africada<sup>14</sup>. En el caso de *s > ç* la posición es casi siempre inicial de palabra, favorable para el refuerzo especialmente en el estado fonético antiguo (cf. *bivir*). Paralelamente, la *s* sonora (ortogr. *·s*) = *ž* ápticoalveolar, aunque en

*mar*, y *siringa* y no *xiringa*, y si me parecen son tomados del arávido, escrívolos con *x*, y assí digo *caxcavel*, *cáxcara*, *taxbique*, etc. porque, como os he dicho, a los vocablos que, o son arávigos o tienen parte dello, es muy anexa la *x*. MARCIO.—¿De manera que podemos usar la *s* en los vocablos que viéremos tener origen del latín, y la *x* en los que nos pareciere tienen origen en el arávido? VALDÉS.—Ya os digo que yo assí lo hago, pienso que, en hazer vosotros de la mesma manera, no erraréis” (págs. 86-87). Fué una solución personal. En 1606, el cordobés Bernardo de Aldrete, explicándolo también por arabismo, dice sin voluntad de corregir: “. . . de *capsa*, *roseo*, *sagma*, *Salone*, *sapone*, *semi*, *sepia*, *Setabi*, *Simone*, *simia*, *sinapi*, *succosus*, *Sucro*, dezimos *caxa*, *roxo*, *xalma*, *Xalón*, *xabón*, *xeme*, *xibia*, *Xátiva*, *Ximón*, *ximia*, *xenable*, que ya dezimos *mostaza*, *xugoso*, *Xúcar*. Parece pegado de los Árabes, que de ordinario los de aquella lengua mudan la *s* en *x*, i a las *passas* dizen *paxas*.” *Del origen y principio de la lengua castellana*, Roma, 1606, pág. 217. Hay que descontarle *caxa* y *roxo*, etimológicamente justificados; la grafía *succosus* por *sucosus* debe cargarse a la cuenta del impresor italiano.

<sup>13</sup> “MARCIO.—. . . que me digáis cuál tenéis por mejor, dezir *quije* y *quigera* o *quise* y *quisiera*, y cuál os contenta más, escribir *vigitar* o *visitar*, porque veo algunos, y aun de los cortesanos principales, usar más la *g* que la *s*. VALDÉS.—Yo por muy mejor tengo la *s* y creo que la *g* no la avéis oído usar a muchas personas discretas, nacidas y criadas en el reino de Toledo o en la corte, si ya no fuesse por descuido. MARCIO.—En la verdad creo sea assí, aunque no fuesse sino porque el *vigitar* tiene a mi ver del villanesco” (pág. 74).

<sup>14</sup> Entendido que este trueque necesita en cada caso algún factor coadyuvante. Los conceptos de disimilación y asimilación se han aplicado sin discreción suficiente, pero son válidos cuando podemos encontrar en los cambios cierta regularidad; así, en nuestro lote de ejemplos antiguos *ceçar*, *çarça*, *encienço*, *çemençera*, *cenzeño*, *çeçina*, *maçico*, *çoçobra*, *reçucitar*, *cervicio*, *cedaço*, se impone la evidencia de que la presencia de una *ç* era en aquellas épocas factor coadyuvante (asimilación). Los demás casos requieren su explicación particular, y aun estos mismos pueden haberse debido a otros factores además; pero a nosotros nos atrae ahora la consideración del estado fonético. Algún raro trueque de dirección inversa tiene satisfactoria explicación, por ejemplo, un *desencasadamente* de Cervantes (*El celoso extremeño*), por rehacerse sobre *casar* ‘concertar’, ‘ajustar’.

mucho menor escala, se trueca a veces ya en la *j*, *g* (que en el siglo XVI era *ġ* y *ž*) reforzando su carácter palatal, ya en la *z*, reforzando el apical.<sup>15</sup> También la *ç* = *š* se trueca a veces en *ch* = *č*, reforzando su articulación ápicodental africada sorda en la prepalatal correspondiente, con trueque paralelo al de las fricativas *s* > *x*. No hay trueques inversos de *ç*, *x* en *s*, ni de *ch* en *ç*<sup>16</sup>.

Por último, es cosa notable que junto a estos trueques entre sordas y entre sonoras, falten en todo tiempo otros entre correlativas de sonoridad (*z*·*ç*, *s*·*ss*, *j*·*x*), o, si alguno hay, sea aislado<sup>17</sup>. Hasta las rimas aproximadas (o igualadoras, si alguien quiere interpretarlas así)<sup>18</sup> guardan esta condición: podrían rimar

<sup>15</sup> No falta algún cambio inverso: aparte *chisme*, *cisne*, donde la posición final explica el trueque a la más débil, tenemos *pesuña* junto a *pezuña* (quizá rectificado sobre *pies*), y mod. *se lo*, antiguamente *gelo* (*gelo di*), en donde la *g* no se cambió por la *s* sonora, sino por la *s* sorda del pronombre *se*; una de tantas contaminaciones entre pronombres (ant. *tive* > *ti* por *mí*, o *mive* por *tive*; *nos* > *mos* por *me*, etc.) que se salen del campo fonético. Hasta en las vacilaciones gráficas aducidas como de significación fonética, por ejemplo las del ms. citado de la *Crónica abreviada*, predominan con mucho los cambios *s* > *z* (de hecho, sólo *fifiefen* es inverso). Buscando en otros mss. de la época se encontrarían más, pero la proporción no se alteraría gravemente. No cuento los infinitos casos debidos solamente a la antigua semejanza gráfica de la *s* corta y de la *z*; la *s* del *fiziessen* anotado es larga.

<sup>16</sup> Una fruta americana que se llama *zapotillo* o *chicozapote*. Tirso la llama *cipizapote* (*La villana de Vallecas*). Nuestro llorado Pedro Henríquez Ureña me decía que el nombre hubo de aprenderlo Tirso en Santo Domingo, a principios del siglo XVII. Pero este caso apenas entra en nuestras series. Tanto lo de *chico-zapote* (cf. *zapotillo*) como lo de *cipizapote* son versiones castellanizadas del náhuatl *tziectzāpotl*, análisis o etimologías populares apoyadas en *chico* o en *cipiz-zape*.

<sup>17</sup> De *ç*·*z*: *fronzir*, que se supone procede de \**frontio*, \**frontire*, y *arzón* < *arcione*, con sonorización inexplicable. Los grupos latinos *·ti*·, *·ci*·, han dado en español ya *z* ya *ç* (*pereza-cabeça*, *azero-coraça*), con reparto etimológicamente enigmático; pero luego los resultados se han mantenido sin confundirse. No hay tampoco confusiones de *x*·*j* ni de *s*·*ss* (aunque quizá haya alguna suelta) hasta la época en que caduca la correlación de sonoridad en las sibilantes, que en el Centro y Sur fué en la segunda mitad del siglo XVI, y en el Norte antes.

Aragón parece haberse adelantado en este ensordecimiento de las sibilantes sonoras, pues los mss. intercambian *x*·*j*·*ch* desde el siglo XIV. En los *Inventarios aragoneses* publicados por M. Serrano y Sanz, BAE II·IX, hay muchas confusiones *j*·*ch*·*x*: *alhaxas* 1365 (vol. IV, 212) *francha* 'franja', *parge* y *parche* 1406 (III, 361) *jaminera* y *chaminera*, *charra* 'jarra', 1469 (IX, 120-21), *sortixa*, *aguxeta*, *frangas* 1492 (III, 362-4), *viexo*, *jamelote* 1493 (IX, 262-3), *vermexa* y *vermejos*, *gico* 'chico' *viexo*, *muxer*, *franchas*, 1496 (VI, 743-4), *muxer*, *viexo*, *jaminera*, *jamelot*, *colgón* 'colchón', *jiqua* 'chica', *bermexas*, 1497 (II, 86, 87, 90, 95). Debo estos datos a mi colega y amigo D. Rafael Lapesa.

Durante toda la Edad Media, escribas imperitos de ambas Castillas trabucan gráficamente *s*·*ss* y también *z*·*ç* (muy raro *x*·*g*); pero la regularidad de distinción en otros escribas que no podían guiarse más que por la pronunciación viva, y las rimas de los poetas, nos aseguran que la confusión era meramente gráfica. Entre las africadas palatales sorda (*ch*) y sonora (*g*, *j*) anoto dos casos de valor fonético: *chismero*, que se lee *gismo* en Mena, *Coron.*, 48, Lope de Rueda, vol. I, 138, y Espinel, *Obregón*, cap. II y *giba-chepa* si es que remontan a un mismo étimon (G. de Diego, *Contrib.*, 383).

<sup>18</sup> Lo mismo las recogidas por Cuervo, *Disquisiciones*, que las que la Srta. Ana María Barrenechea me comunica de un estudio suyo en preparación sobre las rimas españolas del siglo XVI.

z con *-s-*, ç con *ss* y x con *ss* (p.e., *quexa-remessa-apriessa*; *massa-laxa*, Ford, ob. cit., 116) pero no ç con z, ni s con *ss* o x con j. Ford, ob. cit., 112, no encuentra rimas medievales *s-ss*, ni *z-c*; Cuervo, *Disq.* (en *Obras*, 452 y 469), tampoco las halla en los poetas de la primera mitad del siglo xvi. Se ve que en el sentimiento fonológico de las sibilantes, la correlación de sonoridad era más firme diferenciación (oposición) que las articulaciones. Las confusiones entre estas parejas no aparecen hasta los poetas de finales del siglo<sup>19</sup>, cuando la correlación de sonoridad se pierde en el sistema. Por lo tanto ya no hay trueques, sino cambio, evolución.

AMADO ALONSO.

<sup>19</sup> Ninguna confusión en Garcilaso, Boscán, Castillejo, Cetina. "Los poetas de la generación siguiente vacilan un poco", dice Cuervo, l.c.; pero aun aquí había que distinguir por regiones, pues el andaluz Herrera no tiene tales rimas, y Baltasar del Alcázar, otro andaluz, sólo una vez rima *beso-grueso*, y otra *belleza-cabeça*; el madrileño Ercilla "sólo siete veces en toda la *Araucana*". Pero ya Cervantes, Góngora y Lope lo hacen a cada paso. En cambio riman *s-z* el madrileño Álvarez Gato y los citados poetas de los cancioneros; y los andaluces Juan de Padilla (1468-1522) y Juan de la Cueva (1543-1610), del principio y del fin de este período, sin rimar nunca las correlativas de sonoridad, riman a veces *s-z* y *ss-ç*. Padilla: *genoveses-meses-vezes*; *ingleses-vezes*; *dehesa-reza*; *recibiesses-padeçes*. Cueva: *empresas-proeças*; *hizo-aviso* (tres veces), *ase-haze*; *dises-avises*; *paveses-vezes*; *interesse-parece*; *atraviessa-pieça*; *inmenso-comienço*. Sobre todo en Padilla, por la fecha, han de entenderse estas rimas sin duda alguna como aproximadas, no seseantes; también lo estimo así en Cueva, dada su actitud ante la lengua, aunque ya se había desatado la igualación fonética *s-z-ss-c* en Sevilla y en la costa de Andalucía.